

Nunca la vi llorar

Nahuel Roldán

Nunca la vi llorar

Una transa entre la calle y el *afteroffice*

Prólogo de Jack Katz

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alfredo Alfonso

Vicerrectora
Alejandra Zinni



Bernal, 2024

Colección Crímenes y violencias
Dirigida por Esteban Rodríguez Alzueta

Roldán, Nahuel
Nunca la vi llorar: una transa entre la calle y el *afteroffice*
/ Nahuel Roldán; Prólogo de Jack Katz. - 1a ed - Bernal:
Universidad Nacional de Quilmes, 2024.
160 p.; 20 x 14 cm. - (Crímenes y violencias / Esteban
Rodríguez Alzueta)

ISBN 978-987-558-934-6

1. Etnografía. 2. Antropología Urbana. 3. Narcotráfico.
I. Katz, Jack, prólog. II. Título.
CDD 305.8001

© Nahuel Roldán, 2024
© Universidad Nacional de Quilmes, 2024

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-934-6

Queda hecho el depósito que marca la Ley N° 11.723
Impreso en Argentina

Índice

Prólogo, por Jack Katz	9
Prefacio	19
Introducción. Ser transa, ser <i>dealer</i>	23
Agradecimientos	29
Capítulo I. La Cofradía de la Flor Solar	31
Capítulo II. Nokia 1100	39
Capítulo III. <i>Freelance</i>	53
Capítulo IV. <i>Afteroffice</i>	65
Capítulo V. Picnic	79
Epílogo. El tráfico callejero y el tráfico privado	83
Apéndice metodológico	129
Bibliografía y referencias bibliográficas	149

Prólogo

Jack Katz

Una primera pregunta que podemos plantear a cualquier texto etnográfico tiene carácter de prueba de garantía. Suponiendo que los hechos sean ciertos, ¿para qué necesitamos esta información? Nahuel Roldán tiene quizá la respuesta más contundente que puede dar un etnógrafo: su trabajo de campo. Su estudio de la misma mujer cuando era traficante de cocaína a nivel callejero y más tarde cuando se convirtió en traficante dentro de un conjunto social acomodado es único. El valor del estudio radica en los años de amistad sostenida del autor con Keka/Lupe. Pocos investigadores mantienen relaciones con vendedores de droga durante tanto tiempo, y menos aún mantienen relaciones en tiempo real con alguien mientras experimenta una transformación tan radical.

¿Qué aprendemos siguiendo la transformación de Keka en Lupe? No hay mucho sobre el impacto causal de los factores de fondo y el tráfico de drogas, que es el enfoque explicativo habitual. Podríamos pensar que distintas personas, con distintos antecedentes familiares, vecinales y étnicos/raciales/inmigrantes, trafican con drogas de contrabando en la calle y en los círculos del *jet set*. Pero aquí se trata de la misma persona. Keka operó durante unos veinte años como traficante callejera. Y luego, utilizando su segundo nombre, Lupe, operó durante unos años como traficante vendiendo a los hijos adultos de familias acomodadas y poderosas, empresarios y políticos.

Lo que sí aprendemos es a dar la vuelta a las proposiciones habituales: vemos el impacto de los niveles callejero y “de alta sociedad” del tráfico de drogas en el vecindario del traficante, en sus relaciones sociales íntimas e incluso en su personalidad. Cuando Keka se convierte en Lupe, cambia el lugar donde vive, con quién se relaciona y cómo gana dinero vendiendo cocaína. Esto supone un cambio en el mundo social. Al adaptarse a sus nuevas circunstancias, cambia sus aparentes cualidades personales como mujer.

Nahuel utiliza varios conceptos para examinar la transformación de su sujeto, entre ellos el de “portfolio”. Para los sociólogos, el concepto de *portfolio* puede abrir una apreciación de lo que podría denominarse fenomenología económica. La idea central es que prácticamente todo el mundo, en todas las etapas de la vida y en todas las sociedades, “realiza” algunas actividades para mantenerse materialmente, trabajando o prestando servicios que le aportan, de forma más o menos directa, dinero o ayuda en especie. Incluso los niños pequeños pueden, si se portan mal, ser enviados a la cama sin cenar. Al mismo tiempo, prácticamente todo el mundo “tiene” algunas relaciones sociales que le aportan dinero o apoyo de forma más pasiva. En el sentido tradicional de los portfolios financieros, la gente tiene acciones, bonos y bienes inmuebles, que obtienen pasivamente dividendos, intereses o rentas, y cuyo valor aumenta o disminuye independientemente de las atenciones de sus propietarios. Para obtener beneficios de los activos que uno posee, el individuo puede no tener que hacer más que decidir vender, y ahora incluso las órdenes de compra y venta pueden ser ejecutadas pasivamente por programas informáticos que interactúan dinámicamente con los mercados.

El disfrute pasivo del apoyo material de las inversiones financieras se experimenta de forma similar al apoyo que las personas disfrutaban de diversas relaciones sociales continuas. El concepto de portfolio puede ampliarse para abarcar todos los soportes materiales que las personas entienden que tienen. Entre ellos se incluyen las relaciones con compañeros y familiares que conllevan un apoyo material continuo por parte de estos.

El portfolio de una persona consiste en el apoyo material que ha recibido de lo que hace y de lo que tiene. Las partes “hacer” y “tener” del propio portfolio no deben entenderse como mutuamente excluyentes. Se trata más bien de un círculo de apoyo, en el que el segmento “tener” del círculo se desvanece en la fase “hacer”, y el “hacer” se desvanece en la fase “tener”, o, en términos experienciales, lo que es primario y lo que es secundario en la conciencia. Si lo que uno hace para ganar dinero es trabajar en un empleo: el empleado suele pensar en “tener” un empleo. Los gobiernos occidentales del siglo XX convirtieron cada vez más el hecho de *hacer* un trabajo en *tener* un trabajo, poniendo límites legales a la discrecionalidad de los empresarios, añadiendo protecciones contra la contratación arbitraria, mínimos salariales, la obtención de derechos a pensiones, etc. Realizar un trabajo por horas o asalariado desencadena obligaciones gubernamentales en materia de prestaciones sociales, médicas y de jubilación que se acumulan de forma pasiva. Con el tiempo, en determinadas relaciones empleado-empleador, incluso los empleados a los que se paga la pieza producida o por horas suelen llegar a entender que, por defecto, el empleado “tiene un trabajo”. Incluso sin una promesa diaria del empresario, el empleado entiende que, a menos que se le notifique con antelación, mañana habrá un puesto esperándolo cuando se presente a trabajar. Recíprocamente, los apoyos financieros o materiales de que se dispone exigen algunas tareas de mantenimiento. Si nunca se comprueban las inversiones, es posible que los agentes de inversión las hayan desplazado fuera de su alcance. Incluso en el caso de las relaciones familiares aparentemente in-erradicables, se necesita cierta actividad para mantenerlas vivas y solidarias. Si, por ejemplo, uno no mantiene viva la comunicación, no celebra cumpleaños, nacimientos, defunciones y otros acontecimientos de la vida, y no ve a los miembros de la familia de vez en cuando, puede encontrarse con que, cuando se produce una crisis y se pide ayuda a los familiares, uno ya no tiene lo que los sociólogos han denominado románticamente lazos primordiales.

La transformación biográfica de Keka/Lupe de traficante callejera a traficante de la alta sociedad nos permite darnos cuenta de la utilidad del análisis de portfolio. Como traficante callejera, o “transa”, sus ingresos dependían de una serie de relaciones que experimentaba de forma pasiva. Se trataba de relaciones que entabló de forma incidental, independientemente de cualquier plan estratégico para utilizarlas con el fin de ganar dinero. Eran relaciones que tenía “naturalmente”. Al crecer en la zona de Villaverde, y en la familia que la adoptó, desarrolló relaciones con otros niños de la familia, con compañeros de colegio, con vecinos y con personas relacionadas con otros jóvenes de la familia, compañeros de colegio y vecinos. Cuando empezó a actuar como “transa”, recurrió a estas relaciones de diversas maneras. No tuvo que trabajar para conseguirlas. No hizo propaganda para buscar socios a los que pudiera contratar. Se apoyó en las relaciones que ya tenía para abastecerse de cocaína, obtener protección de la policía, conseguir que alguien cuidara de sus hijos cuando ella estaba preocupada por el trabajo, encontrar un guardaespaldas y, tras una primera etapa en la que vendía directamente a los clientes, reclutar a personas para que distribuyeran la droga a desconocidos en lugares públicos.

Pero si Keka experimentaba estas relaciones de apoyo como recursos sociales de los que disponía de forma natural, también comprendía que era necesario mantenerlas de forma activa. El hacer o el comportamiento compensatorio activo que sostiene las relaciones de apoyo pasivo suelen ser indirectos, percibidos *sotto voce*, enmascarados en las interacciones cotidianas por el tejido de la cultura del parentesco y la amistad. Las acciones secundarias, de fondo, que sostienen las relaciones de apoyo que uno tiene son como los procesos de intercambio en lo que se experimenta como una relación de regalo. En las relaciones que experimentamos como de mercado, contractuales, limitadas al intercambio, lo que hace cada parte para hacer el trato es relativamente directo, previsible en el momento del intercambio, explícito en lo que se mueve en cada dirección del intercambio, en comparación con lo que hacemos para mantener las relaciones que experimentamos como de

apoyo pasivo. En la mayoría de las relaciones íntimas de pareja hay reciprocidad, pero el romanticismo se desvanece rápidamente si la reciprocidad se vive como “pagar con la misma moneda”. Del mismo modo, existe reciprocidad en las relaciones de regalo, pero a través de procesos que, en su temporalidad y en la sustancia de lo que se proporciona en el intercambio, tienen un cierto grado de imprevisibilidad. Así, si es previsible que lleves una botella de vino cuando te inviten a cenar a una casa de clase media, dejará de funcionar como “regalo” si todo el mundo se da cuenta de que estás traspasando el control sobre la misma botella que los anfitriones te dieron cuando los invitaste a tu casa.

Keka tuvo que realizar diversas actividades para seguir manteniendo las relaciones que vivía cada día como un apoyo pasivo. Nahuel describe cómo Keka utilizaba su casa, un recurso de capital que poseía en su totalidad, para actividades sociales que le permitían relacionarse continuamente con personas que distribuían para ella. Significativamente, Keka tardó mucho en invitar a Nahuel a pasar de su lugar habitual de conversación en el porche a su casa para tomar mate. Cuando su proveedor amenazó sus relaciones con los vecinos, que conocían su tráfico de drogas y fácilmente podrían haberle causado problemas, comprendió que debía reforzar la relación charlando con ellos. Y para mantener su posición de mujer vendedora de drogas que dirigía una red de distribución, se forjó una dureza de personalidad que, según creía, la protegía de ladrones y competidores celosos. Hizo lo imposible por mantener el negocio y conservar lo que tenía.

Como Lupe, la misma mujer desarrolló una presentación muy diferente de sí misma, que podemos resumir como “personalidad”. Gracias a una amiga que había hecho en Villaverde, donde conocía a gente de muy diversa condición social, aceptó un trabajo a unos 15 kilómetros de su casa, en una tienda de ropa de moda. El atractivo de hacer el trabajo de vendedora en una tienda de ropa no era tanto por el flujo de ingresos que le reportaba como empleada, ni por las prestaciones sociales y de jubilación que acompañaban al empleo. Estos apoyos pasivos gubernamentales fueron, en relación con su

vida como Keka, adquisiciones novedosas. El trabajo de vendedora le aportó de paso relaciones con la propietaria y las compañeras de trabajo, cuyo principal apoyo económico procedía de sus relaciones en el hogar. Querían trabajar, no para el sustento material, sino para vivir una vida más colorida y emocionante. Lupe no heredó ni tuvo estas relaciones desde su nacimiento. Tuvo que realizar trabajos de servicio remunerados con regularidad para labrarse nuevas amistades que serían fundamentales para vender cocaína a una clientela de alto estatus. El resultado de su nuevo portafolio de tenencias y acciones era una personalidad más femenina, más suave, más *fashion*, más atractiva, más seductora.

Gracias a una relación que mantenía con una compañera de trabajo, consiguió acceso a un departamento, que se convirtió en un recurso para organizar fiestas. Al tener el departamento, podía invertir en acondicionarlo para que se convirtiera en un lugar atractivo para fiestas que atrajeran a gente adinerada. La venta de cocaína se convirtió en algo accesorio a su vida social en esas fiestas y en los clubes, restaurantes y discotecas a los que la llevaban sus amigos. Lo hizo siendo Lupe y las ventas siguieron.

Como descubrió, vender cocaína en los círculos de la alta sociedad es un tipo de trabajo muy distinto al del tráfico callejero. Así, Lupe disfrutaba pasivamente de una serie de ventajas y recursos que, en la jerga de los vendedores estadounidenses, “vienen con el territorio”. Estaba protegida de la intervención policial no por medidas activas, como sobornos, ni siquiera por vínculos personales. Incluso cuando se presentó la policía, hizo la vista gorda ante las pruebas de consumo de cocaína. Parte de su aislamiento de las fuerzas del orden puede deberse a la deferencia de la policía hacia las familias ricas y políticamente poderosas en la época histórica y el lugar geopolítico del estudio de Nahuel. Pero la protección de que gozan los traficantes de cocaína de los ricos se disfruta de forma más general y continua gracias a lo que Arthur Stinchome llamó hace tiempo “instituciones de la intimidad”. En las sociedades no totalitarias, y como parte de lo que define a una sociedad democrática libre, la policía necesita una orden especial para inva-

dir espacios privados. Los mercados de droga abiertos, o las ventas callejeras que pueden ser presenciadas por transeúntes extraños, dan a la policía motivos inmediatos para detenciones e investigaciones personalmente invasivas. No necesitan redactar primero una orden y obtener la autorización de un juez. Pero cuando la gente compra cocaína en fiestas en domicilios particulares, dentro de bares, en hoteles o en los baños de restaurantes, la policía debe desarrollar primero una base probatoria para intervenir, ya sea “convirtiendo” a otras personas que ha atrapado o realizando investigaciones encubiertas. Si la policía en la calle puede decidir en un instante responder a “circunstancias sospechosas” con preguntas invasivas y registros corporales, las intervenciones policiales en espacios privados requieren legalmente órdenes judiciales específicas, y estas por ley deben basarse en un trabajo de investigación previo y costoso a cargo de personal especializado. Keka tuvo que mantener buenas relaciones con su hermano adoptivo, policía, para disfrutar de la protección de las fuerzas del orden. Como Lupe, operaba dentro del muro de protección de la propiedad privada frente a intervenciones policiales externas, disfrutando pasivamente de *instituciones de privacidad*.

Para distribuir cocaína, Lupe no necesitaba reclutar empleados, como había hecho cuando trabajaba como Keka. Las personas a las que vendía cocaína mantenían relaciones continuas con otras a las que a su vez vendían. Lupe no tuvo que crear ni mantener una red de proveedores. Irónicamente, cuando ascendió en la escala social y se convirtió en Lupe, descendió de la posición jerárquica desde la que, como Keka, distribuía drogas a través de vendedores callejeros supervisados. Como Lupe, aprovechó las jerarquías existentes antes de que ella llegara a la escena y que se mantenían sin su participación. Trataba directamente con miembros de la alta sociedad, que distribuían la cocaína que ella suministraba dentro de las jerarquías de sus círculos de amistades, a través de encargados de hotel, conserjes, representantes de equipos de fútbol, gerentes de clubes nocturnos y conductores de limusinas, hasta llegar a los consumidores finales. La cocaína recorrió un camino social corto y descen-

dente desde Lupe hasta los consumidores finales. Desde Keka, la cocaína recorrió un camino social más largo y variado. Mientras su producto de cocaína viajaba por la red social de distribución, a través, hacia abajo y hacia arriba en el estatus social, Lupe disfrutaba pasivamente del paraguas protector que cubría a muchos de los que en las sombras del trasfondo del trabajo de servicio contribuyen a la vida de ocio de la élite socioeconómica.

La cultura en la que vivía como Lupe resonaba con cotilleos, brillaba con prestigio, parpadeaba con *glamour*, todo ello creando un escalofrío general generado por los bordes solo parcialmente visibles de mundos sociales estratificados. Lupe podía ganar dinero sumergiéndose en el seductor atractivo de una vida de entretenimiento hedonista en los estratos altos. Ganaba mucho más que como Keka, pero utilizando un departamento que alquilaba, en lugar de una casa de su propiedad; interactuando con los demás como pares en lugar de como subordinados; y confiando en las maquinaciones de las redes sociales que encontró ya establecidas y operativas. Como un conserje en hoteles de cinco estrellas, camareros y *maître d'* en restaurantes de lujo; compañeros, amantes y plomos que trabajan para músicos; estilistas, agentes de actores, *mánagers* de modelos, proveedores de *catering* y organizadores de fiestas; contratistas de locales, relaciones públicas y empleados de *marketing* de equipos deportivos, Lupe daba una apariencia que encajaba y adoptaba los aires de los círculos de élite mientras los abastecía de cocaína.

Hay mucho más de valor en esta biografía de Keka/Lupe, y en la historia de Nahuel sobre su relación con ella, que las meras ilustraciones del concepto de portfolio. Para apreciar la importancia social de los mercados de drogas de contrabando, necesitamos docenas de estudios adicionales que describan cómo la cocaína entra, se distribuye y se consume detrás de las instituciones de privacidad. Las instituciones de privacidad distorsionan lo que el público ve sobre el funcionamiento de los mercados de contrabando. En consecuencia, las políticas gubernamentales en materia de drogas de contrabando se basan casi siempre, en casi todas partes, en una visión

miope. Lo que resulta visible para el público es un mercado de contrabando callejero plagado de violencia, que a su vez atrae aún más la atención pública hacia las “drogas” como algo socialmente destructivo. Pocos gobiernos han podido resistirse a responder a la sociología distorsionada de la cultura popular con una represión sistemáticamente desigual.

También está el atractivo dramático de esta tesis, que se lee como una narración impactante. Esta biografía de una traficante de cocaína acaba en una cruel ironía en la que la dura vida pasada de Lupe como Keka la alcanza y socava su transformación en una versión más refinada, suave y femenina de sí misma. La dureza que se convirtió en una cuestión de supervivencia como Keka estalla inesperadamente en un momento imprevisto, con consecuencias desastrosas. Para saber cómo, el lector se verá recompensado si lee hasta el final.

Prefacio

De bien pibitos los veíamos ir y venir por las calles del barrio, sentarse a fumar en la plaza o charlar esperando el tren en la estación, creíamos que eran novios o algo por el estilo. La Keka era una joven que inmediatamente llamaba la atención por su belleza curvilínea, un rostro de nena, que aparentaba menos que su edad. Su media sonrisa transformaba sus ojos, un halo de picardía la volvía aún más deseable. El Moneda era una suerte de imitación sudamericana de Mike Tyson. Robusto, con un cuello ancho y corto, pero buenazo. La Keka y el Moneda andaban siempre juntos. De él nadie sabía su nombre, le decían el Moneda porque inmediatamente que te saludaba te pedía una moneda para comprarse una cerveza. Más por costumbre que por necesidad.

—¿Qué hacen acá pendejos?

—Ey, Moneda... ¿todo bien...?

—¿Tienen una moneda para una fresca?

Siempre algo de dinero le dábamos. Que el Moneda saludara y se quedara hablando un rato en la calle con el grupo, nos generaba un sentimiento de protección. El Moneda vivía con su madre y dos hermanos menores en una casilla que había construido en un terreno tomado a seis cuadras de la casa de la Keka. Él pasaba a diario, cerca del mediodía, caminando por el frente de mi casa para ir a lo de la Keka. Luego se quedaba todo el día en la casa de ella —a veces hasta altas horas de la noche, en especial si era fin de semana.

Un día los perros se volvieron locos y los ladridos se entremezclaron con los gritos de la Keka. Una motito despegó arando y luego escuchamos un golpe, como una explosión. Era un sábado a la tarde y salimos a la vereda mi madre y yo. También salió el vecino de enfrente y la vecina de al lado. La Keka con un palo le pegaba de forma repetida a un joven que, con la cara y la remera toda ensangrentada, solo se cubría con las manos y se apoyaba en el paredón de la casa de la esquina, donde se había chocado con su moto. La Keka estaba enceguecida, retrocedía con pasos largos, gritaba “a mí no me vas a cagar, rastrero”, tomaba envión y con potencia espetaba un palazo en alguna parte del cuerpo del joven. La escena se repetía... “si te veo por acá de nuevo no la contás, rata” y ¡pum! Nadie se atrevía a intervenir. Al joven le tocaba resistir, no podía escaparse ni tampoco devolver la agresión.

Pasaron unos minutos hasta que llegó un patrullero. Se bajaron dos policías y con una extraña parsimonia se acercaron a la escena. La Keka le pegó un último palazo al joven y con el palo en la mano usándolo de puntero y señalándolo mira a los policías y les dice: “esta rata me quiso robar”. Llegó una segunda patrulla, esta vez una camioneta. Los primeros policías se quedaron hablando con la Keka –que estaba furiosa, se mantenía parada pendulando en la punta de sus pies, gesticulaba exageradamente y apuntaba el pecho al cielo—. La situación se tranquilizó un poco. Algunos vecinos volvieron a entrar en sus casas.

En ese momento pasó corriendo como un rayo el Moneda. Disminuye la velocidad y franquea caminando al joven, que estaba exhausto y cubierto de sangre, sentado en la vereda –con la cabeza casi colgando entre las rodillas–apoyándose en la pared. El Moneda lo mira fijamente como tratando de reconocerlo o quizás de recordarlo. Continúa caminando hasta donde estaba la Keka que seguía hablando con la policía, ya al otro lado de la calle. “Dónde estabas pelotudo... esa rata me quiso robar”. El Moneda no responde. Y los dos se van caminando a la casa de la Keka. Luego, dos policías subieron la moto a la camioneta y metieron al joven en la parte de atrás de la cabina. La tarde volvió a su habitual tranquilidad de fin de semana.

Esto pasó quince años antes de mi trabajo de campo. Mucho tiempo después, hablando con la Keka, me contó que el Moneda era una suerte de “guardaespalda”. Ella no le decía “soldadito”, porque eso era degradarlo y no connotaba el vínculo afectivo que los unía. “Nunca garchamos con el Moneda... no iba por ahí. Fuimos amigos desde la secundaria, pegamos onda en seguida, no hablábamos mucho... pasábamos muchas horas sin decir nada. Pero estábamos casi todo el tiempo juntos”.

Un tiempo después la policía desalojaría a la familia del Moneda del terreno, destruyeron la casilla y hoy están haciendo unos dúplex lujosos. Nunca más volvimos a verlo. La Keka me dijo que se habían ido a otra provincia, y que con ella no habló más. Supone que se fue ofendido porque ella no había intervenido a su favor con la policía para que no lo desalojaran. “Pero posta, posta... no sé qué le paso... Éramos amigos de toda la vida y laburamos juntos por casi diez años... hicimos mucha plata”.

A través del Chino –uno de los jóvenes que vendía y distribuía para la Keka, pero que también oficiaba de “guardia” en la casa de ella– pude contactarme con el Moneda; hicimos una videollamada de un par de horas. El porqué de su huida a otra provincia es diferente a lo que cree la Keka.

—No me fui porque nos tiraron abajo la casa... bueno, en realidad sí. Pero no es por eso que te dijo la Keka. [...] Me acuerdo que en ese tiempo ella se estaba abriendo de la policía. Había juntado buena guita y estaba buscando poder comprar en otro lado. No quería vender más para los ratis. Ya se había cargado a un par de transas y casi no tenía competencia... Y siempre decía que para ella vender era como una “empresa”. Quería poder meterse en negocios legales con la plata de la merca, pero necesitaba abrirse de la policía. Pero vos no podés decidir, así como así, dejar de vender la merca de los ratis... no es tan fácil. La policía se entera de todo y nunca va a dejar que te independices, ¿me entendés? [...] El quilombo vino ahí... los ratis no te arman causa directamente a vos. Te mandan mensajes de otra forma. A mí me levantaban los de calle [del servicio de calle] a uno de mis hermanitos cuando salía del colegio y me

lo dejaban en casa al rato... esos son mensajes, ¿me entendés? Unas noches antes del desalojo me cargaron a un auto sin patentes, sin nada, y me fajaron... y me dijeron que si dejábamos de vender para ellos que terminábamos en cana. A mí nunca me preocupó caer en cana, me preocupaban mis hermanos, por eso me fui. Por eso no hable más con la Keka... ella estaba decidida en abrirse, se estaba metiendo en un bardo.

Introducción

Ser transa, ser *dealer*

Febrero de 2019. Estábamos ahí sentados, en unas mesas de madera clara y ángulos rectos, las sillas igual de incómodas. Era la tercera y, sin saberlo en ese momento, también la última vez que iba a poder visitar a la Keka, que me esperaba siempre de buen humor y reflexiva: “Ando mejor, desde que estoy adentro que no consumo, la verdad que no me vino tan mal caer en cana”. Después de esta última visita volví dos veces más a la Unidad 54, pero ella no quiso verme. La restricción de ingresos por la pandemia pero, sobre todo, una serie de malos entendidos y mala comunicación hicieron que ella no quisiera hablar más conmigo. En cierto modo sentí alivio. Y usé esta contingencia para hacer algo que uno nunca sabe cómo hacer: abandonar el trabajo de campo.

Esta última visita fue bastante extensa. Hablamos de la cárcel como un *refugio*. En el momento de la charla no le di ninguna importancia, pero luego de un tiempo, releendo las notas de aquel encuentro noté su insistencia en lo favorable que fue terminar encarcelada. “Hacía muchísimo tiempo que no lloraba. La tercera noche que estuve acá... lloré toda la noche. Al otro día tenía la cara explotada de tanto llorar. Necesitaba llorar. No sé cómo explicarte... menos sentimientos tenés, mejor te va en el negocio. Llega un momento que te olvidás lo que es llorar. Siempre tenés que esconder lo que te pasa por adentro... tenés que hacer de cuenta que lo que pasó, vos ya sabías que iba a pasar”.

Curiosamente su condena no tenía nada que ver con la venta de drogas. Le hice un chiste, que tuve que explicar: “Sos como Al Capone”. La cuestión era que en la cárcel no estaba preocupada por las represalias ni de la policía ni de la barra brava. “Me preocupan mis hijos... pero no les va a pasar nada. Con este tiempo en cana estoy saldando varias movidas. Aunque tengo un poco de guita guardada por si necesito entregar algo”. Era el Chino el que había quedado a cargo de cualquier entrega o arreglo que se tuviera que hacer para proteger a los hijos de la Keka. Era de suma confianza, había ocupado el lugar del Moneda cuando este se fue. El Chino era poco ágil, con un cuerpo regordete, cara redonda y ojos achinados, casi siempre estaba bebiendo alguna gaseosa. No tenía la apariencia amenazante que sí tenía el Moneda. Parecía el hijo de un *rikishi*.

Siempre me tuvo desconfianza. Al principio no me hablaba, prácticamente no me saludaba. Lisa y Lea, otros dos chicos más jóvenes que él, que vendían cocaína para la Keka y que pasaban mucho tiempo en su casa, se acoplaban a la actitud del Chino. Incluso frente a la Keka me ignoraban por completo.

Y siguieron sin prácticamente hablarme por cuatro o cinco meses, hasta finales de 2015 que la Keka les contó que yo, hacía un tiempo atrás, me había resistido a un intento de robo, el ladrón me había apuñalado y, aun así, “el flaco, así como lo ven, lo hizo correr al rata”. Tuve que mostrar mi cicatriz para que la historia se terminara de confirmar. “Estos pibes rastreros hay que reventarlos... no sirven para nada”, casi exclamó el Chino repentinamente un día que yo esperaba que me siguiera ignorando, como los anteriores. “A la Keka no le roban... porque saben que no pueden. Pero si sos un transa cualquiera tenés que dormir con un ojo abierto. Desconfiá hasta de tu sombra... no estás tranquilo nunca. Los ratas esos son faloperos y rastreros y están en todos lados”. En ese momento sentí que comenzaba mi trabajo de campo.

La primera vez que hablé con la Keka fue algo casual. Estábamos en la parada del colectivo. Era el año 2012. Y en medio de ese movimiento pendular de la cabeza, que uno realiza cuando mira para un

lado y para el otro de la calle, tratando de divisar a lo lejos la llegada del bondi, crucé miradas con la Keka, hice un gesto con la cabeza saludando y esbocé una pequeña sonrisa. “A vos te conozco desde que eras así de pibito”, me dijo. Volví a sonreír y dije: “Sí, somos vecinos”. En ese momento no tenía en mis planes realizar ningún trabajo de investigación con ella, ni con su historia. Subimos al bondi y viajamos sin volver a cruzar ni palabras ni gestos.

Recién en 2015 cuando ya venía realizando algunas lecturas vinculadas a la criminología, luego de otro cruce típico entre vecinos y en una corta caminata con ella desde el almacén, volviendo a casa, fue que se me ocurrió escribir algo sobre su vida. No para un trabajo de tesis. En ese momento pensé que podía escribir un artículo para una revista o jornada de investigación. Los primeros encuentros y charlas en la puerta de su casa me hicieron cambiar de idea. Pensaba que ella no iba a querer hablar conmigo. Que no iba a querer contarme de su negocio de venta de drogas. Lo que sucedió me sorprendió, aunque no fue –según otras investigaciones– en absoluto extraño: ella se convirtió en un torrente de palabras, de historias y anécdotas.

Esta es la historia de dos ciudades, de dos mujeres, de dos *formas* diferentes que adquiere el mercado de la venta de drogas ilegales. Intentaré, aunque precariamente, realizar una comparación entre lo que podemos observar como un sistema de tráfico^[1] callejero, anónimo y público, y otro, de *proximidad afectiva*, íntimo y privado. Que, además, son formas de comercializar drogas en posiciones diferentes de la estructura socioeconómica. La Keka fue una *transa* que principalmente vendía en la calle, en puntos claves, que llegó a vender grandes cantidades de cocaína por mes, tener una “banda” numerosa y controlar un territorio que contenía varios barrios. Lupe, por su parte, fue una *dealer* que también

¹ Utilizaré la palabra “tráfico”, no tanto por referirme a una cuestión cuantitativa –de cantidades de kilos de drogas que se venden o distribuyen–, sino más bien por una cuestión cualitativa, para diferenciarla en términos económicos de otros tipos de transacciones, ventas o intercambios.

vendió varios kilos de droga por mes, pero con clientes de una clase social adinerada, con una estrategia íntima y fraterna –centrada en una venta basada en la amistad– “*indoor*” y privada, duplicando las ganancias de la Keka.

Como sostiene Mangai Natarajan, “la mayor parte de las investigaciones sobre el tráfico de drogas se refieren al comercio al por menor o ‘callejero’” (2006, p. 171), un tipo de negocio centrado en el “narcomenudeo” que realizan generalmente los pobres. Pero ¿qué sucede cuando los traficantes y los consumidores no son pobres, morochos y no sufren alguna desventaja estructural evidente? ¿Se entiende el tráfico de los blancos de clase alta en términos de desviación o subcultura criminal?

En este trabajo trataré de exponer que las implicaciones, las estrategias y los riesgos en el tráfico callejero y en el tráfico privado y afectivo son bien diferentes. Los vínculos con otros sujetos e instituciones, como la policía u otros competidores, de la comunidad y de la red comercial de ventas de drogas cambia sustancialmente. La *inversión* para cultivar amistades lleva mucho tiempo y es muy costosa; esta inversión no es necesaria en ambos tipos de tráficos, al menos no tiene la misma forma, los mismos objetivos y el mismo costo. En este sentido, no realizar una venta pública y callejera y, por el contrario, realizar una venta “*indoor*” –o como la llamamos aquí, de proximidad afectiva o íntima– disminuye mucho los riesgos de la transacción. Trataré de señalar beneficios y desventajas de ambos tipos de tráfico.

Esta tesis se inserta en una serie de “segundos” estudios que ponen en crisis las conclusiones de un primer conjunto de literatura que consideraba a las mujeres que se vinculaban a las actividades económicas ilegales –ya sea en el delito predatorio o en el tráfico de drogas– como subordinadas a los hombres, como víctimas y situadas en la periferia de las economías, carentes de las cualidades necesarias para el éxito.^[2] El lector distinguirá un posible cuestionamiento a

esta visión de las mujeres como víctimas pasivas e impotentes, alineando esta investigación al argumento de Barbara Denton de que las traficantes “no eran víctimas y ciertamente no eran santas” (2001, p. 4). Las mujeres, entonces, no están marginadas en un mundo dominado por los hombres, pueden tener éxito como traficantes y aún más, pueden utilizar sus “atributos femeninos” en su beneficio.

Con esto no quiero decir que la economía de la droga no esté controlada por los hombres (Grundetjern y Sandberg, 2012) o que el mundo del delito no se presente como un universo fuertemente masculinizado (Cozzi, 2022a, 2022b). El trabajo de Jody Miller (2001) observó cómo las mujeres traficantes destacaron la importancia de ser “uno más de los chicos”. Estas mujeres utilizan un conjunto particular de estrategias para tener éxito, las cuales implican en su mayoría algún tipo de “masculinidad callejera”. En este sentido, las mujeres traficantes tienen que ser especialmente cuidadosas con su imagen en una economía de la droga que favorece mucho a los hombres.

El cambio de paradigma que sucedió en la década de 1960 implicó dejar de considerar el consumo de drogas en función de la psicopatología para pasar a una visión de las drogas y sus consumidores desde los fenómenos sociales y culturales. Así es como ciertas etnografías describieron a los consumidores masculinos de heroína como sujetos responsables que ejercían una considerable capacidad de decisión en relación con su consumo y su vida (Preble y Casey, 1969). Por supuesto, en la interesante etnografía de Preble y Casey no había mujeres. Una cuestión que, vista en retrospectiva, es explicada por Fraser y Valentine (2005) en función del género de los investigadores. Sostiene que la calle fue tomada por etnógrafos varones privilegiando relatos y perspectivas de sus informantes masculinos.

Los estudios han tendido a explicar el consumo de droga entre los varones como algo normativo e integrado en una cultura masculina del riesgo y la violencia, mientras que el consumo en mujeres lo explican como algo desviado y que compromete los roles de género, familiares y domésticos (Campbell, 2000). En tanto que la posibilidad de insertarse en redes de venta de drogas con relativo éxito

2 La tesis que constituye la base de este libro se realizó en el marco de la Maestría en Criminología de la Universidad Nacional del Litoral.

fue dado a la mujer –para este grupo de estudios– por una condición estructural del debilitamiento de las redes callejeras dominadas por hombres (Fagan, 1994).^[3] Fue recién al comienzo de la década de 1990 cuando los estudiosos empiezan a prestar atención a las mujeres como participantes activas en los mercados callejeros de drogas, desempeñando funciones de liderazgo, con independencia de los hombres y experimentando fracasos y éxitos similares a los que vivían sus homólogos masculinos (Bourgois, 1989; Baskin *et al.*, 1993; Mieczkowski, 1994).

Sin dudas, la bibliografía que revisa la participación de las mujeres en la economía de la droga es reducida, en especial, en comparación con aquella que explora las hazañas y comportamientos de los varones. Aun así, los estudios cualitativos y las etnografías han aportado importantes ejemplos de experiencias vividas por las mujeres traficantes. Esta tesis pretende ser una más de estas. Aunque no ambiciona que sus “resultados” sean generalizables. Por supuesto, una revisión exhaustiva de la bibliografía existente sobre la participación de las mujeres en la economía de la droga permitiría obtener una imagen más completa, pero este no es el lugar para realizarla.^[4]

³ Para una crítica del funcionamiento de este “debilitamiento estructural” como facilitador para la inserción de las mujeres en los mercados de drogas, proponiendo que lo que sucedió fue un reforzamiento y reproducción de las relaciones de raza y género existentes, véanse Maher y Curtis (1992) y Miller (1995).

⁴ Para un trabajo que propone una metasíntesis cualitativa, que tiene el potencial de aumentar nuestra comprensión de la gama de roles y experiencias femeninas en la economía de la droga, véase Maher y Hudson (2007).

Agradecimientos

A las y los protagonistas de esta historia. Por muchos años de permitirme ingresar en sus vidas, sin pedirme nada a cambio, soportando mis errores y mis intromisiones. A cada uno de ellos, mis agradecimientos.

A mi familia, toda. Por la oportunidad de esta vida.

Por su amistad, contención y revisión minuciosa de este trabajo, a mi director Esteban Rodríguez Alzueta. A Marianela Ganduglia por su amor y su paciencia, pero sobre todo por su sensibilidad para leer y sugerir tonos y ritmos que hice míos, pero que son suyos. Otros amigos que leyeron con atención e hicieron que mi tesis sea lo que es: Tomás Bover, Agustín Casagrande, Carola Bianco. A todos los integrantes del Grupo de Estudio “Socio-antropológico del Sistema Penal” del Laboratorio de Estudios Sociales y Culturales sobre Violencias Urbanas (LESYC) de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), con los que pasamos toda una jornada de discusión y comentarios sobre esta etnografía.

Quisiera agradecer a Jack Katz y Philippe Bourgois por su lectura, comentarios y reciprocidades, que aportaron una mirada bien diferente a las lecturas que tuve en estas latitudes sureñas. Mientras desde Latinoamérica cargamos con ciertos prejuicios sobre las “escrituras del yo”, que consideramos como una forma narcisista lexical –cuestión que, entre otras, hace que siempre que se ponen en funcionamiento esos registros estilísticos tengan el efecto no

deseado—, los comentarios, tanto de Katz como de Bourgois, fueron hacia la necesidad de incorporar en el relato mis sentires y mis acciones. Lo intenté y espero cause el efecto anhelado.

A Máximo Sozzo, por sus clases en la Maestría en Criminología de la Universidad Nacional del Litoral, por estar de acuerdo con todos los cambios que realicé en mi investigación y allanarme el camino —junto con todo el equipo gestor de la Maestría— para la presentación y defensa de esta tesis que hoy se convierte en libro.

Agradecer, por último, a Conicet, institución que financió esta investigación de más de cinco años; sin políticas públicas que estimulen la investigación en ciencias sociales nada de todo esto sería posible. También agradezco a los equipos de investigación de la UNQ y de la Universidad Nacional de La Plata, compañeras y compañeros con los que el intercambio fue fundamental para llegar al resultado de mi investigación.

Capítulo I

La Cofradía de la Flor Solar

Diciembre de 2018. Ingresé por un pasillo y crucé unas cuantas puertas de reja hasta llegar a la sala de visitas de la cárcel de mujeres de Florencio Varela. Las prisiones siempre dan una sensación de homogeneidad en su apariencia y deterioro; siempre me cuesta recordar los colores de las paredes, siempre pienso que es el mismo en todas las cárceles. Que incluso el revoque descascarado forma siluetas igualitas.

Iba saludando cordialmente a las guardias que me iba cruzando. Hacía dos meses que la Keka estaba en la cárcel, faltaban cuatro meses para que se estableciera la cuarentena obligatoria a causa de la pandemia del COVID-19 y faltaban siete meses para el juicio. Le había llevado tres paquetes de cigarrillos —aunque solo pasaron dos la requisita inicial—, un alfajor triple y un kilo de yerba mate (que terminó en una bolsa plástica ante la verificación de que no contenga drogas). Por mensaje de texto me había pedido especialmente que le llevara una foto de su hijo. Apenas ingresé a la sala de visitas retumbó un “vení flaquito, agarrá aquella silla”. Tenía su habitual media sonrisa y apenas me senté, dijo relajada: “Hoy las pibas en la peluquería me arreglaron el nido de la cabeza”. Sonreí y coloqué sobre la mesa, como una ofrenda, los dos paquetes de cigarrillos. Antes de abrir uno de los paquetes y prender un pucho, miró rápidamente la foto, la dobló a la mitad y la guardó en el bolsillo del jean ajustado. “¿De cuándo es?”. “De hace una semana en la esquina de tu

casa”. “Mirá qué grande está el pendejo”. Seguimos charlando sobre su estadía en la cárcel, sobre lo que pensaba hacer cuando salga y vuelva al barrio y otras cosas.

Fines de la década de 1970. Raúl Ramírez era jefe de calle de la novena de Villaverde a fines de los setenta, una época difícil. Era un policía recto, tenía esa fama. Su personalidad y vocación de servicio le habían dado muchos enemigos, no solo en la calle, sino también dentro de la Fuerza. La transición democrática no cambió nada de su trabajo. El jefe Ramírez siguió siendo como era, y manejando la calle como la manejaba. Era un hombre de contextura grande, de pelo negro y grueso, y con un bigote ancho, un estilo que era casi generalizado en la policía y en el ejército en aquella época. Los bigotes se los dejó cuando fue ascendido a jefe de calle y ya no participaba asiduamente del patrullaje callejero nocturno –antes usaba una barba corta, que le daba un estilo más desprolijo, una especie de camuflaje.

Villaverde, en aquella época, no era el mismo barrio que estuvo bajo el control de la Keka. Muchos de los primeros habitantes habían llegado para comprar un terreno con el crédito que el Banco Provincia otorgaba con bajísimas tasas de interés en el primer gobierno de “el General”. El estilo del barrio fue configurado por esa posibilidad crediticia. Los Ramírez compraron un terrenito y construyeron una casa prefabricada de estilo “americano”; la misma que sigue en pie hoy en día, la misma que, aunque derruida, fue en la que vivió Keka hasta “caer en cana”. Con un alambrado bajo y una puertita de reja, un frente con pasto y algunos rosales, paredes blancas. Una casa prolija, que encajaba con las otras casas iguales que se iban construyendo a los alrededores, casi siempre los vecinos quedaban con uno o dos baldíos de por medio. Casas que, con el tiempo, se fueron transformando y cambiando, marcando un ascenso económico y social en el barrio; de casas americanas con techos planos o con una pequeña caída hacia un lateral pasaron a ser *chalets* de tejas francesas o coloniales, ladrillos a la vista y rejas altas. Otras fueron derrumbadas y

se construyeron casas futuristas con cemento visto. La casa de los Ramírez nunca cambió.

El jefe Ramírez era segunda generación de policías en su familia, su padre y su tío también formaban parte de la Fuerza. Aunque Raúl hizo casi toda su carrera con el padre ya retirado. La vida policial de su padre y de su tío le habían heredado algunos enemigos y por eso Raúl, en su momento, solicitó el cambio de destino. Villaverde parecía un lugar prometedor. Un terraplén que se esperaba se convirtiera en una zona residencial de clase media y media alta. Las proyecciones fueron correctas. El barrio fue creciendo de acuerdo a lo que se auspiciaba.

Ramírez, antes de ser jefe de calle, era un policía que patrullaba las manzanas todos los días. Era de la “vieja escuela”, conocía los nombres de todos los vecinos. Quiénes eran hijos de quién, dónde vivían, a qué colegio iban y en cuál quiosco o esquina se juntaban. Un antiguo policía de proximidad –que vivía en el barrio, cuyos hijos iban al colegio del lugar y su esposa compraba en el almacén de la otra cuadra–, que tenía lazos más fuertes con la comunidad que con la comisaría. El jefe Ramírez sabía que su compromiso y su rendición de cuentas era primero con los vecinos que con sus superiores. Por eso cuando “enganchaba” a un pibe “mandándose alguna” en la plaza o en la calle, lo llevaba con sus padres y no a la comisaría. “Que te viera la policía o el director de la escuela mandándote alguna en la plaza o en la calle era como que te vieran tus viejos. La cagada a pedos que te comías por la policía nunca iba a ser contradicha por tus padres”, me decía un vecino que conoció mucho a la familia Ramírez. “Y si encima te enganchaban vestido con el uniforme del colegio o en horas escolares... el quilombo se te extendía hasta el otro día en la escuela, era así como te digo”. El sistema de reproche y castigo lo construía la policía junto con la familia y la escuela. Casi nunca intervenía el sistema penal.

La familia Ramírez era una familia policial. El abuelo era policía, Raúl era policía y el segundo de sus hijos decidió ser policía. El jefe Ramírez estaba casado con Nora, y con ella tenían dos hijos y una hija. El más grande hizo la colimba y se quedó en el Ejército hasta

ser sargento, luego pidió la baja. El segundo, el Pepi, se hizo policía. Y antes que el jefe Ramírez muriera, compartió algunos años con su padre trabajando en la novena.

La Keka llegó a la familia en el año 1981, un día típico de primavera. De alguna forma la “trajo” María, la hija menor del matrimonio Ramírez. María tenía 17 años y solía pasar mucho tiempo en la isla Paulino. Participaba, junto con otros jóvenes de Villaverde, de forma intermitente de los jirones de la legendaria Cofradía de la Flor Solar. Algunos fiduciarios de aquella comunidad hippie y de rock psicodélico, ya venidos a menos, aún seguían haciendo sus tertulias –de drogas y alcohol– en la isla Paulino, y allí se convocaban jóvenes de clases acomodadas. Se contaban historias, convertidas en leyenda, sobre Skay y Solari o sobre Quique Gornatti y Kubero Díaz. En esos días, en esas ya no tan míticas reuniones, nació Keka. No sé cómo se llamaba su madre, pero era amiga de María; tenían más o menos la misma edad. Tampoco se sabe quién fue su padre. Lo cierto es que la madre de Keka se arrepintió de criarla justo en el hospital, después de parirla. María y su novio fueron quienes la llevaron de urgencia, inesperadamente.

“No quiero tenerla”, dijo después de parir. María no sabía qué hacer. Entonces hizo lo que le pareció mejor: llamó a su padre. El jefe Ramírez acudió al llamado y así como llegó, a través de arreglos rápidos, se llevó a Keka. Por mucho tiempo nadie supo nada sobre la joven madre. María no volvió a ir a la isla Paulino. Keka ahora era una Ramírez, pertenecía a una familia policial, y cristiana. Años después trataría de contactar a su madre biológica.

Keka tuvo una infancia breve. En 1993 la muerte inesperada del jefe Ramírez desencadenó la desintegración familiar de forma abrupta. Y aunque esa descomposición se venía prefigurando, nunca terminaba de suceder por la figura como jefe de familia de Raúl Ramírez. Aunque esa no fue la cuestión que más impacto en la vida de la Keka.

La relación de la Keka con su padrastro era un vínculo basado en el respeto y la disciplina. El jefe Ramírez no era muy demostrativo y afectuoso, el amor estaba disimulado en las acciones de cuidado y

protección. La familia y la comunidad eran lo mismo para este policía, en los dos ámbitos actuaba de la misma forma.

Keka había sido bautizada, había tomado la comunión y se había confirmado. Los sacramentos cristianos fueron recibidos por un mandato familiar y no escolar: Keka hizo el primario y el secundario en una escuela pública (subsidiada) del barrio, en donde no era necesario estar bautizado para ingresar, a diferencia de otras escuelas privadas y católicas de la zona que lo requerían.

“Después de la muerte del viejo Ramírez nadie la defendía”, me dijo el padrino de confirmación de Keka, un vecino del barrio. “Nora la odiaba y la hermana andaba en otra, no le daba bola. De los hermanos mejor no te digo nada. La veían como una pibita para... bueno vos me entendés, sobre todo el que era policía”. De un día para el otro, la Keka, quedó bajo la custodia de Nora, su madrastra, aunque en la escuela decía que la señora que iba a buscarla todos los días era su abuela. Ese buen gesto, por parte de Nora, duró solo algunos meses. Al poco tiempo Keka volvía sola a su casa. Y cada día volvía más tarde. “Empecé a quedarme en la plaza Rivadavia. No hacíamos nada. Estábamos tirados todo el día... hasta que se hacía de noche. Nos quedábamos ahí cuando nos rajábamos del colegio...”, me contaba, en uno de los encuentros en mi casa. Volver a su casa era una opción aburrida, pero sobre todo conflictiva. Su hermana María, que durante algún tiempo era confidente y cercana, ahora se la pasaba en la casa de su novio. El espacio hogareño era el ámbito de dominio de Nora, y para ella la Keka era su Genicienta: “Apenas llegaba me ponía a limpiar... era su *chepibe*”.

Por supuesto que la calle fue para la Keka un lugar de diversión y ocio, pero fue sobre todo un lugar donde escapar de la vileza y maltrato del hogar. Muy rápidamente ella se dio cuenta que la velocidad de la calle y la velocidad del hogar son bien distintas. Y tuvo que aprender y desarrollar una serie de estrategias y tácticas, armarse con un *portfolio* de habilidades y redes sociales de contención y apoyo. Pasaban, con algunos compañeros del colegio, todo el día en la plaza o en alguna esquina. Tomando cerveza y fumando cigarrillos –“de los caretas”– y también marihuana. “En aquel momento

todos queríamos tener alguna historia de amor con la Keka... no sabés lo que era, una piba muy hermosa”, “era sin dudas la más linda del curso, o de la escuela [se ríe]”, me contaban dos compañeros del secundario de la Keka. Aunque ella siempre estaba interesada por los jóvenes más grandes, de los cursos que seguían al de ella. Tuvo varios novios en esa época, pero “nada serio... disfrutaba mucho pasar tiempo con la barra. Si el flaco era muy celoso, lo mandaba a volar”.

Una tarde como cualquier otra, dos años después de la muerte de su padrastro, y con un hábito callejero ya establecido, pero con tan solo 15 años, un vecino del barrio frena con su moto en la plaza, cuando ya estaba terminando la tarde, y le dice a la Keka que se suba para llevarla a la casa. “No me acuerdo por qué subí...”. Una vez arriba de la moto, después de hacer unas cuadas, el hombre cambia los planes. “De esa secuencia me acuerdo de una cosa nada más... el momento que da media vuelta la cabeza, arriba de la moto, y me dice ‘tengo que pasar a buscar algo por mi casa’”. El hombre la lleva a su casa, la hace entrar y la viola apuntándola con un arma. Le dio cinco pesos para que se tome un remise y vuelva a su casa. “Ella nunca contó nada a nadie... el tipo ya no vive acá en el barrio, no me preguntes qué le paso, porque no sé. Muchos, pero muchos años después me lo contó a mí. Yo no lo podía creer, imaginate. Desde ahí empezó a drogarse y a emborracharse, ya casi no iba al colegio, perdió el último año... fue desde ahí, estoy segura”, me cuenta, Lili, la almacenera, quien fue como una madre para la Keka.

El acontecimiento de la violación es algo que la Keka les contó a muy pocas personas. Luego hay ciertos rumores del evento. Quienes lo saben a ciencia cierta concluyen que es el disparador de la drogadicción y el alcoholismo; quienes solo conocen el rumor, o ni siquiera escucharon hablar de lo sucedido, afirman que “todo se desbandó cuando murió Ramírez”, como me decía un vecino veterano de Villaverde.

Lo cierto es que, a finales de la década del noventa, la Keka comienza a vender cocaína. “Empecé a menudear, llevaba caramellitos y los vendía en la estación de tren o en algún bar a conocidos.

Hacía algo de plata, y me la quedaba casi toda para mí. La merca me la daba mi hermano. Al principio me la traía ya cortada y armada las bolsas. Después de un tiempo, unos meses, me explicó cómo pesarla y hacer las bolsitas... Me estaba probando...”. La cocaína le llegaba cortada con algún analgésico. La Keka le llamaba “fifti-fifti”, aunque ella creía que el porcentaje de cocaína que tenía era menor al 50%. Comenzó vendiendo unos 50 gramos por mes. Todo estaba estandarizado, al principio solo vendía, y de a poco le fueron delegando tareas menores. Las que hacen los que están más abajo en la jerarquía del mercado. “Armaba las bolsitas de uno o tres gramos y en ese tiempo los vendía entre 80 y 100 pesos... que eran 100 dólares [se ríe]. Era carísimo por la mierda que estaba vendiendo”.

Poco tiempo después, el Pepi –el hermanastro policía de la Keka– le trajo el primer kilo. Ella recuerda a la perfección ese momento. El kilo fue un pasaje de rito. Lo que para otro joven implica su primer auto, o las primeras vacaciones con amigos, o el viaje de egresados a Bariloche. Para ella, ese simbolismo estaba puesto en la venta de su primer kilo de cocaína.